

les del comercio , sino en algunos actos de beneficencia de que Shechem algunas veces era testigo : este por su parte no habia tenido aun ninguna ocasion de penetrar el misterio que le ocultaba la situacion anterior de un hombre , sobre el que no dejaba de formar en algunos momentos estrañas sospechas.

(65)

////////////////////

CAPITULO III.

—————o—————

Teodoro acababa de arreglar una cuenta relativa á una venta de pólvora y balas , hecha secretamente en el Canadá á muchos gefes de las colonias indias : se condolia de los horrores de la guerra , de las calamidades que ocasiona , de los errores y de las ilusiones que la provocan : ilusiones desgraciadamente inseparables de la degradada naturaleza del hombre , y que no cesarán sino con él. Entregado enteramente á estas reflexiones melancólicas , se retiró mui temprano á su cuarto.

Aquel retrato adorado habia sido estrechado contra su corazon: habia pronunciado el nombre de *Elisa*, y tristes recuerdos hacian correr sus lágrimas, cuando de repente oyó á lo lejos una música armoniosa y dulce que le sacó de su sueño: hai momentos en que la mas ligera circunstancia hace impresiones profundas: tal era la situacion de Teodoro: la persona que oia cantar, no podia estar sino dentro de casa: era una voz de muger, y le parecia imposible que fuese Rebecca: cediendo á la curiosidad, abrió suavemente su puerta y se avanzó á pasos lentos por un corredor oscuro.

Ya habia pasado los límites que le estaba prohibido penetrar, cuan-

do se detuvo: la música continuaba; pero no distinguia nada: se adelantó algunos pasos mas, hasta que llegó frente por frente de la pieza de donde salia la voz: la puerta habia quedado un poco entreabierta: despues de un momento de silencio, cantó una muger, con una voz dulce y melancólica, acompañándose con el harpa, unos versos, cuyo sentido era con corta diferencia el siguiente:

¡Oh, raza de Israel! tiempo há desprecio del mundo, llegó el término de tu destierro: el universo fue testigo de tu profundo dolor, y lo será de tu felicidad!!! ¡Tierra de nuestros abuelos! tierra donde el incienso y la mirra embalsaman el ai-

re de los perfumes mas dulces y delicados : todos aspiramos á volverte á ver cuanto mas antes : Dios de Jacob, desarma tu brazo y regocijanos.

«¡Oh, hija mia! dice Shechem (Teodoro reconoció su voz), ¡no veremos nunca la patria de nuestros antiguos!!! Nuestra dispersion en el universo es una prueba permanente del gran poder del Altísimo : imperceptibles en algun modo en el seno de las naciones, constantemente despreciados por ellas, no por eso dejamos de formar un pueblo distinto ; mientras que los babilonios que hicieron esclavos á nuestros padres ; los romanos que destruyeron hasta sus fundamentos y el templo de la Ciudad san-

ta, han desaparecido : no existen mas que en la historia.

«¡ Ah! yo me acuerdo de que tu madre gustaba mucho de esa cancion que acabas de cantar : la repetia frecuentemente delante de mí estando en Alejandria : la violencia la arrancó de mis brazos, y mi felicidad no ha tenido mas que la existencia pasagera de una flor, que apenas se abre es marchitada por el soplo del contagio.»

Un profundo gemido que se le escapó á Teodoro, hizo salir de repente á Shechem fuera de su cuarto, y se adelantó furioso con un puñal en la mano. «¿ Quién es el atrevido, exclamó, que tiene la osadia de quebrantar mis órdenes? muera al momento.»

Teodoro habia dado algunos pasos atras; pero al ver á Shechem se detuvo, y no hizo ningun movimiento para sustraerse á su venganza; estaba apoyado sobre la pared, y tenia el rostro cubierto con las dos manos.

Tan estraña actitud desarmó la cólera de Shechem; este se apresuró á ocultar su puñal, y con una voz mas dulce dice á Teodoro: «¿Por qué tratas de abusar de mis bondades? ¿pretendes sorprender mis secretos cuando tienes sobre los tuyos un velo impenetrable? ¿es la curiosidad, ó es la casualidad la que te trae aquí?»

Teodoro habia tenido el tiempo de mitigar su violenta emocion, y respondió á Shechem, que los en-

cantos de la música que habia oido desde su cuarto, y la singularidad de la aventura le habian llevado involuntariamente al parage donde le habia encontrado.

«Retirate, le dice Shechem, y no volvamos á hablar jamas de lo que acaba de pasar.»

Teodoro obedeció sin replicar una sola palabra.

«Este jóven, dice Shechem, volviendo á entrar en el cuarto de su hija, ha experimentado seguramente desgracias que han causado el desórden en su espíritu: yo intentaré inútilmente adivinar por qué lo que he dicho ha podido afectarle tanto; pero yo he hecho mui mal en hacerte cantar, pues era imposible que él no te oyese.

—¿Es grande? pregunta Eva: ¿tiene el aire mui triste? tengo curiosidad en saber por qué quiere permanecer oculto; y últimamente, pues que está en la casa, forzoso será que yo le vea un dia ú otro. ¿Qué aire tiene?

— Tiene el aire de un hombre como cualquiera otro, repuso Shechem: yo le creo enamorado; porque si no me equivoco, le hablaba de tu madre, á quien la violencia, le dije, habia arrancado de mis brazos, y noté en él cierta emocion.... vamos, es preciso que haya experimentado alguna desgracia poco menos semejante: yo he tenido ocasion de hacer algunas observaciones que me confirman en esta idea.

— Si eso fuese, ¿por qué se habia de ocultar? Este jóven, decís, está aquí hace un mes. ¿No ha salido nunca de aquí? ¿no ha recibido ninguna carta? ¿por qué no le habeis preguntado vos cuáles son los motivos de una conducta tan misteriosa?

— Yo no me atrevo á preguntarle. Pero no te haga la curiosidad emprender nada para descubrir sus secretos; porque me ha declarado solemnemente, que el dia en que yo manifestase el deseo de conocerle, me dejaria para siempre.

— Pero yo, que nada he prometido, ¿no podré hacer que se explique? Me parece que no se ha de negar á satisfacer mi curiosidad.

— Ya te guardarás, hija mia: á

pesar de la firmeza de tu carácter, tienes un corazón sensible. Acaso no veas á este jóven sin peligro de tu libertad : mis temores sobre este punto justifican el retiro en que yo queria tenerte : tú sabes que nuestra religion proscribete toda alianza con los demas pueblos.

— Ya lo sé, respondió Eva, y se le escapó un suspiro de su seno. Pero este jóven.... no le amaré, no, estoi segura.

— ¿Cómo puedes estar segura, á menos que tu corazón no se halle ya comprometido? ¿Conocerías tú á un hombre á quien quisieses confiar el cuidado de tu felicidad?

— Yo eso no lo entiendo, dijo Eva sonrojándose : mi intencion es la de no casarme jamas.»

Shechem se sonrió, y despues de haber recomendado de nuevo á su hija que procurase vivir prevenida contra las impresiones que pudiesen turbar su reposo, se retiró á su cuarto, sorprendido mas que nunca de la conducta de Teodoro, sin saber á qué motivos atribuir su singularidad.

Teodoro por su parte se habia vuelto tristemente á su cuarto, lleno de vergüenza de una debilidad que le habia espuesto á sufrir reconvenciones que serian sensibles para él. Sin embargo, Bensadi con mas prudencia hubiera evitado aquello de que tenia que quejarse. El descubrimiento de sus infortunios que la casualidad habia confiado á Teodoro, interesó á es-

te, y picó su curiosidad. Ignoraba por qué accidente Shechem habia perdido su muger: habia hablado de violencia, de una catástrofe funesta: esta pérdida no era el efecto de un acontecimiento natural. El sueño le sorprendió en medio de estas reflexiones sobre las desgracias de su amo y sobre las suyas.

A la mañana siguiente se levantó mui temprano: despues de la aventura del dia anterior tenia alguna repugnancia en volverse á presentar delante de Shechem; pero mientras se esforzaba por vencerla, entró el mismo Shechem en su cuarto.

«Vengo á hablar contigo, le dice: me inspiras nada menos que el afecto de un padre; debes á es-

te sentimiento una cuenta de tus acciones: cesa de tomar por guia una falsa delicadeza: debes tener un poco menos de desconfianza, y estaremos siempre en paz: yo me proponia no dejar se presentase nunca mi hija á tu vista; pero tu indiscrecion y nuestra imprudencia han roto mis medidas en el momento que eran mas necesarias; porque no hace aun veinte y cuatro horas que Eva está en la casa: viene de pasar algunos meses en provincia en casa de uno de nuestros hermanos. Yo confio bastante en tu probidad para creer que tú no formarás á sangre fria el proyecto de seducir á mi hija; pero conozco la debilidad de tu edad: yo sé que dos corazones dispuestos por

inclinacion al amor desean verse; y por esta razon vengo á suplicarte mires lo que haces. Si eres el amigo de Bensadí, no tratarás de agradar á su hija: es jóven, su corazon es sensible; pero nuestra religion impide que jamas pueda ser tuya.»

Teodoro, mientras duraba este discurso, habia tenido los ojos bajos; y luego que Shechem acabó de hablar, alzó la vista, y hé aquí la respuesta que dió con el aire de sinceridad que arrastra la conviccion.

«Despues de haber sido despreciado por aquellos que me debian su afecto y su proteccion, me considero feliz de haber hallado al fin un ser que merece el nombre

de hombre, y de haberle visto sobre todo en un pueblo que se desprecia por los demas.

Sentimientos tan justos y tan nobles como los vuestros, Señor, penetran mi alma inspirándola la mas profunda veneracion!!! Pocos hombres se hubiesen atrevido á sospechar que una Señorita, en posesion de una fortuna inmensa, como lo es la vuestra, podia jamas fijar sus miradas sobre un desgraciado como yo; pero vos habeis conocido que la diferencia de las situaciones es un obstáculo mui débil contra las impresiones del vicio. Vos no temeis abrimme vuestro corazon; me habeis unido á vuestros intereses por los lazos del honor y de la estimacion; yo no

me creo indigno de esta generosa confianza; aseguraros que yo soi dueño de mis pasiones, que mi razon amortigua el fuego de mis deseos, seria engañaros; pero si me aconteciese jamas el hablar á vuestra hija una sola palabra que tenga el aire de anunciarla un proyecto de seduccion, entregadme á la infamia; no sea ya entonces á vuestros ojos sino un vil impostor, y tratadme como á tal. Todos mis esfuerzos serán empleados en conservar las bondades que me dispensais; y en fin, yo haré de suerte, si lo deseais, que jamas me presentaré á miss Eva.

— No, no, exclamó Shechem lleno de admiracion, eso no será: mi hija conoce sus deberes: te ama-

rá como un amigo: desde este momento mira mi casa como la tuya; tú serás para mí lo que fue José para Putifar: sin embargo, añadió riéndose, si yo tuviese una muger, temeria que corriese algun peligro junto á ti.»

Teodoro no pudo menos de reirse, y fue á desayunarse á la cocina, habiéndose resistido á ir con Shechem y con su hija.

«En verdad, le dice Rebecca, que vos sois un jóven bien feliz: ignoro sobre qué estrella habeis nacido: lo que yo sé mui bien es, que otro hubiera tenido que arrepentirse de su desobediencia á las órdenes de nuestro Amo.»

— Yo no pensaba desobedecerle; os lo aseguro. Si no quereis

afligirme, no me volvais á hablar de eso.

— No creais que yo gusto de incomodar á nadie; pero, lo repito, otro hubiese acaso pagado su curiosidad con la vida.

— ¿Cómo es eso?... En verdad, yo le he visto un puñal en la mano; sin duda no querria mas que meterme miedo.

— Yo no sé con certeza nada; pero ved aqui lo que sucedió al mancebo que teniamos antes que á vos. Era un jóven de diez y ocho años: se le habia prohibido entrar en el corredor que sabeis: sin hacer caso de esta prohibicion abrió un dia la puerta de la biblioteca: nuestro amo, que estaba dentro ocupado en leer, no le hubo

apenas visto, cuando levantándose furioso, corrió á él con un puñal, que siempre lleva consigo, y le hirió en un brazo. Su cólera se calmó al momento, y se arrepintió de lo que acababa de hacer; pero despues de emplear su mayor cuidado hasta ver curado á este jóven, le proporcionó otra colocacion, y desde entonces no ha habido otro criado en casa mas que yo. Como nuestra cocina no me ocupa mucho tiempo, pues que miss Eva compone por sí misma lo que quiere comer, soi yo suficiente para todo, si no es para abrir la puerta: este era el oficio de Jos.»

Teodoro, que comprendió lo que esto significaba, se sonrió:

Rebecca tenia mui frecuentemente esta especie de insinuaciones; pero él no respondia nunca.

Miss Eva, bajando para desayunarse, se admiró un poco de no ver mas que á su padre, porque sus reflexiones sobre la conducta misteriosa de Teodoro habian despertado su curiosidad.

«Yo creia, decia ella, que este jóven debia desayunarse con nosotros. ¿Habeis olvidado acaso el decirselo?»

— No, hija mia; pero se ha negado á mi invitacion: la soledad le parece preferible á todo; y será difícil desimpresionarle de esa idea. Por lo demas, yo creo que hace bien en evitar tu presencia; pues un jóven pudiera cor-

rer riesgos inminentes contigo.

— Pero si está ya enamorado, repuso miss Eva sonriéndose, es una buena salvaguardia: lo que pica mas mi curiosidad es su obstinacion en huir de mí: vos deberiais estrecharle á comer con nosotros.

— Convidale tú misma; pero si no me engaño, me parece que vas á encontrarte con un desaire.

— No seré yo de esa opinion, dijo la jóven Miss interiormente. Perdonémosle ese movimiento de vanidad. Miss Eva tiene dos hermosos ojos negros, llenos de la mas seductora espresion; una fisonomía que respira el candor y la sensibilidad; un talle elegante, menos remarcable por la mages-

tad que por las gracias; toda la frescura de una jóven de diez y ocho años : ved aquí lo bastante con que justificar su confianza en el suceso de la invitacion que ella queria hacer á Teodoro : unid á estas ventajas un carácter de dulzura, fruto del retiro en que ella siempre ha vivido; una propension á la melancolía, movida y alimentada por unos recuerdos dolorosos; porque sin haber aun experimentado desgracias, tiene frecuentemente ocasion de gemir por las calamidades humanas, de las que su padre se complace frecuentemente en trazarla el cuadro doloroso : le quedan ciertas impresiones que ella recibe, y un aire de reflexion y de amenidad inte-

resante que templá la viveza y la ligereza de su edad. ¿Era imposible que una muger, tal como la pintamos, turbase el reposo de un jóven, menos seguro de sí mismo acaso que lo que él imaginaba? Pero Teodoro en nada se parecia al resto de los hombres.